

ERNESTO ALFREDO BJERG

por Gabriela Ferracutti

Conocí al Dr. Ernesto Bjerg hace 22 años en El Cuy, Río Negro, yo cursaba una de las últimas asignaturas de la carrera de Ciencias Geológicas y realizaba entonces mi último viaje curricular junto al entonces profesor, el Dr. Labudía. Por su parte, él se sumó al viaje días después junto a otro profesor de la Universidad Nacional del Sur (UNS) y un geólogo norteamericano al que había conocido durante su estancia posdoctoral en Austria, el Dr. Bernhardt Saini-Eidukat, con quién hicieron algunos trabajos en esa zona y los unía una amistad. Si bien el Dr. Bjerg, desde 1977 era docente en la UNS y desde 1990 profesor en dicha institución, no lo tuve como docente en ninguna de las asignaturas previas que había cursado. Sin embargo, quiso la vida que sus enseñanzas llegaran después de ese viaje y continuaran hasta la actualidad. Pero bien, en El Cuy, le pregunté si tendría algún trabajo que pudiera hacer, si podía trabajar con él en lo que hiciera, si bien no tenía idea a que se dedicaba exactamente, pero en ese viaje me di cuenta que el trabajo de campo era una parte importante en sus investigaciones y eso me pareció interesante. Por esos años, yo estaba próxima a recibirme y mi aspiración era trabajar en minería, pero las posibilidades de conseguir trabajo profesional en dicho ámbito



eran casi nulas. Ante mi pregunta él obviamente contestó que sí, que trabajo para hacer le sobraba. Una vez de regreso en Bahía Blanca fui a ver si su propuesta seguía en pie. Nunca olvidaré ese día, me hizo una sola pregunta: *“¿Sabes qué es una roca ultramáfica?”* Obviamente pasó a explicarme con lujo de detalles qué tipo de rocas son y cómo se clasifican. Una vez terminada la introducción me dijo: *“acá tenés estos nódulos o xenolitos de manto para clasificar”*, señalándome una serie de cajones en estantes y volvió a su escritorio, había cumplido su palabra, tenía trabajo para mí porque luego de mi tarea constaté que fueron específicamente 311 muestras. Cabe destacar que uno de esos nódulos era tan grande que, meses después cuando el Dr. Bjerg lo envió a Viena para que los Dres. Kurat y Ntaflos lo cortaran y analizaran, le tuvo que construir una caja de madera para que soportara el viaje. Parte de ese xenolito hoy en día se

encuentra exhibido en el museo de Historia Natural de Viena.

En este relato hago un paréntesis para resaltar que el Dr. Bjerg en su trayectoria se ha destacado y contribuido en el conocimiento científico de los xenolitos del manto litosférico de Patagonia. Si bien no fue él quién inició las investigaciones en esta temática en el país, fue quien le dio un avance muy significativo y un gran impulso entre los investigadores argentinos. Gracias a sus contribuciones en esta temática se ha convertido en un referente nacional e internacional indiscutido y ha abierto el camino a muchos investigadores más jóvenes de diferentes partes del país y del exterior, con los que contribuyó de algún modo en sus investigaciones y que continúan con esta línea de estudio en el presente.

Tal vez sea un tanto informal, pero de acá en más llamaré al Dr. Bjerg simplemente Ernesto porque sobre quien escribo es mi exdirector, jefe o superior, profesor, colega, compañero y sobre todo amigo, y por tal motivo no me referiré a su *curriculum vitae* sino que trataré de contar un poco cómo es la persona detrás de ese CV.

Ernesto fue quien me formó en investigación y en docencia, fue

mi director de tesis doctoral, beca doctoral de CONICET, de mi beca postdoctoral y de mis años como investigadora Asistente, estos últimos también en CONICET. En paralelo fue mi "jefe" en mi carrera docente desde que empecé como ayudante hasta llegar a profesora Adjunta en las asignaturas que compartimos durante 20 años, ya que hace apenas unos meses se jubiló. Desde ese viaje que nos unió hemos trabajado juntos y la mayor parte de esos años hemos compartido oficina. Nuestro día laboral comenzaba muy temprano, cerca de las 7:20, luego de que él dejara a sus hijas en la escuela (con horario de entrada 7:30), y el lema era: *"quien llega primero pone la pava para los mates"*, aunque para él era solo eso ya que del tiempo que llevamos trabajando juntos voy admitir que esos mates, en particular, siempre los cebaba yo. Pero bien, esta forma de arrancar el día de trabajo nos permitía ponernos en tema y discutir sobre la geología y lo que estábamos haciendo. Tampoco faltaba la charla general de la vida y de las noticias del día, aunque en estas últimas siempre remarcaba que yo vivía detrás de un cuadro porque no me enteraba de nada, con decir que cuando las torres gemelas de Nueva York cayeron por el atentado del 11 de Septiembre de 2001, él entró corriendo (al volver de su almuerzo) a la oficina donde me encontraba (porque hacía horario corrido) y comenzó a relatarme lo ocurrido y a mostrarme por internet lo que ocurría. En fin, nuestras charlas siempre fueron de lo más variadas, hasta el punto de marcar las diferencias entre los bahienses (como yo) y los necochenses (como él), o de pelearlo diciéndole que él no podía tener un Documento Nacional de Identidad, sino que le correspondía Libreta de Enrolamiento.

Luego de tantos años compartiendo muchas cosas puedo decir

que Ernesto es una persona extraordinariamente solidaria, muchos de mis logros fueron posibles gracias a él, como así también los de sus posteriores becarios y tesis. Ernesto nos brindó las herramientas para crecer a cada uno de nosotros de manera desinteresada y con el único objetivo de que cada uno recorra su propio camino. Nos abrió las puertas y compartió con nosotros sus conocimientos, sus experiencias y sus contactos en el exterior, alentándonos a formar nuestros propios vínculos.

Cuando pienso en su trayectoria más allá de las numerosas publicaciones en revistas y eventos científicos nacionales e internacionales efectuadas y que han resultado ser de gran relevancia para el conocimiento geológico de algunas áreas del país, pienso que su principal legado es la formación de recursos humanos. Me resulta asombroso que se haya encargado de formar personas en rocas máficas-ultramáficas de ambientes geológicos totalmente diferentes y cada uno de ellos con características particulares. En realidad, Ernesto no se inició en el estudio y conocimiento de las rocas máficas y ultramáficas con los xenolitos de manto, sino con la realización de su tesis doctoral, que finalizó en 1985, relacionada a la mineralización de los cuerpos serpentiniticos de la faja ofiolítica del área de la mina Salamanca, en Mendoza. Como conté anteriormente, Ernesto me dio trabajo clasificando xenolitos, pero cuando llegó el momento de pedir una beca e iniciar mi tesis doctoral, como mi corazón estaba enfocado en la minería, me propuso trabajar en las rocas máficas y ultramáficas de San Luis, las cuales corresponden a cuerpos estratificados y tienen mineralizaciones de sulfuros y minerales del grupo del platino asociadas. Precisamente en San Luis había identificado, en colaboración

con sus colegas de Austria, una serie de nuevos minerales del grupo del platino y brindado la primera evaluación del volumen de los cuerpos máficos y ultramáficos basada en estudios geofísicos. Desde hacía unos 5 o 6 años previos al inicio de mi tesis, Ernesto había empezado a trabajar allí junto a un grupo de geólogos provenientes de Austria, con quienes estudió y publicó trabajos relacionados no solo a las rocas máficas y ultramáficas sino al basamento metamórfico. El Dr. Christoph Hauzenberger, por ejemplo, quien se dedicó principalmente al estudio de las rocas metamórficas, se doctoró en la Universidad de Graz. Otro de los geólogos que trabajó en San Luis, que es un gran amigo de Ernesto y que años después trabajaría conmigo también, es el Dr. Aberra Mogessie, profesor en la Universidad de Graz, nacido en Etiopía pero que vive y trabaja desde hace más de 35 años en Austria. A pesar de que yo fui su primera tesis y becaria, obviamente no fui la única. Llegó entonces la Dra. Paola Aliani, quien se dedicó a estudiar los xenolitos de manto, más específicamente, algunos que yo había clasificado y que provenían de la localidad de Gobernador Gregores en Santa Cruz. Luego llegó la Dra. María Florencia Gargiulo, quien estudió la faja ofiolítica de Mendoza y más recientemente se unió al grupo y se doctoró la Dra. Lucía Asiain, a quien Ernesto dirigió en el estudio de las rocas volcánicas y subvolcánicas máficas del sector occidental de la Meseta de Somuncurá. Más allá de las cuatro personas que mencioné, que fueron formadas directamente por él, Ernesto ha co-dirigido a becarios y tesis en Geología y en Ciencias de la Computación, así como también ha dirigido a investigadores y continúa haciéndolo en la actualidad. Sin embargo, y refiriéndome puntualmente a las cuatro mujeres a las que dirigió, debo decir

que nos acompañó siempre, organizó nuestras campañas a las cuales obviamente asistió, caminó, sacó muestras y, cuando se dio la oportunidad, nos preparó el desayuno.

Para Ernesto hay cosas que son básicas y no deben faltar en un ambiente de trabajo: la comunicación es indispensable, un buen café y desayuno en el campo aunque estemos en carpa no se discuten, si festejamos un cumpleaños con facturas, por favor santiagueñas y alguna medialuna son sus elegidas. Es una persona que le gusta la buena comida, los mariscos son una de sus debilidades, y obviamente un buen vino. En relación a las cosas dulces es muy selecto a la hora de comer, pero nunca rechazó mis alfajores de maicena caseros, tal vez porque como todo caballero no quería que me sintiera mal. El que termináramos siendo amigos es algo que se construyó a partir de muchos años de trabajo, muchas horas compartidas, al igual que las vivencias laborales como: las frustraciones con algunas publicaciones, la falta de dinero para viajes y análisis geoquímicos, las estrategias para poder seguir adelante realizando lo que a ambos nos apasiona: investigar, etc., y personales como: el nacimiento de mis hijas, el crecimiento de las suyas, los logros individuales, la llegada de sus nietas, etc. Aquellos que leen esta semblanza, habrán notado que a Ernesto lo rodean las mujeres, formó a cuatro becarias y tesisistas, tiene dos hijas y dos nietas, no tiene ni tuvo perro y solía tener algún gato osado que apareció en su casa y que, con algunas condiciones, lo dejó quedar.

Ernesto tiene una capacidad intelectual que ni él mismo reconoce, es muy humilde en ese sentido para considerarse inteligente, él dice que ambos podemos trabajar juntos por ser perseverantes, y tal vez tenga ra-

zón, o al menos respecto a mí, la tiene. Sin embargo, junto con su esposa, la Dra. Silvia Castro, tuvieron la habilidad y la visión para vincular la geología y la computación gráfica. Comenzaron hace años desarrollando un programa para calcular la fórmula mineral a partir de análisis químicos de microsonda electrónica. Posteriormente, el desafío se concentró en la realidad aumentada y en la visualización en tres dimensiones del prisma de los minerales del grupo del espinelo. Este trabajo es interdisciplinario y resulta asombroso como dos ciencias completamente diferentes con lenguajes tan distintos se pueden vincular, mientras el grupo de geólogos involucrados estamos fascinados por poder ver y trabajar en 3D con las composiciones de estos minerales, Silvia va más allá y nos plantea el interrogante y el desafío de pensar en múltiples dimensiones: las coordenadas paralelas y muchos otros gráficos más.

Como docente de la Universidad Nacional del Sur y, en algún momento de su vida, de la Universidad Nacional de La Pampa, debo decir que soy testigo del continuo esfuerzo de Ernesto por mejorar sus clases para que los alumnos aprendan. Como apasionado de la geología año tras año modificó sus clases y creo que le ha tocado vivir distintas situaciones en la docencia. Desde hacer viajes de 20 días en carpa con alumnos en la Patagonia y recorrer varios kilómetros en busca de agua, hasta un 2020 en pandemia con clases virtuales sincrónicas. Debo admitir que su capacidad para renovarse y mantenerse actualizado es admirable. Con los años, modificó su forma de hacer las preguntas, mientras en sus comienzos era suspicaz y muy pensante, en la actualidad es más directo, concreto y hasta benévolo. Es un fanático de la tecnología y de actualizarse en

programas de uso cotidiano y los no tanto. Tengo que admitir que de todo el grupo de trabajo él siempre tiene la última versión de Corel, nos introduce en el mundo de programas nuevos y tiene una notebook, que renueva con relativa frecuencia, acorde a esas necesidades. Pero también, por supuesto, no le puede faltar tecnología para las campañas y el Ebook. Este último, con algún libro de historia argentina escrita en otro idioma, como inglés o alemán, por algún autor que tenga otra visión de nuestra historia, también puede ser historia mundial y para él, obviamente como para muchos de nosotros, Mafalda es un clásico.

Ernesto es un luchador incansable por lograr los objetivos que se propone, rezonga y se enoja ante los obstáculos que surgen pero no sé de dónde saca las fuerzas para seguir adelante más allá de las negativas. Gracias a esta virtud, y a otros investigadores del Departamento de Geología de la Universidad del Sur que como él buscaban un objetivo común, lograron crear en el 2006 el Instituto Geológico del Sur (INGEOSUR), el cual es de doble dependencia UNS-CONICET. Desde entonces y hasta el 2020 cumplió la función de Director de dicho instituto así como también durante esta función se desempeñó como Vicedirector y posteriormente Director del Centro Científico Tecnológico (CCT) del CONICET en Bahía Blanca. No caben dudas que accedió a tales funciones en base a su trabajo y a su capacidad, sin embargo, aunque esto fue todo un mérito y desafío personal, la realidad es que ese fue un tiempo donde lo veíamos poco y lo extrañamos mucho, más aún cuando, por sus obligaciones, en 2016 se mudó de oficina. Él supo siempre que para poder desarrollar estas funciones de la mejor manera posible (única forma que él entiende se deben hacer las cosas) le

demandarían una enorme carga horaria, así y todo se las arreglo para no dejar de participar un par de veces por semana de nuestros mates y charlas, a los cuales en los últimos años se sumó Lucía. A pesar de estos cambios naturales y lógicos nunca dejó de estar presente para todo su grupo de trabajo. Aunque no estuviera en la oficina de forma física nunca dejó de tener contacto con todos nosotros, de hacerse el tiempo para ver cómo seguía cada uno en sus labores y asegurarse que estuviéramos bien.

Dirigió, co-dirigió y participó en numerosos proyectos de investigación nacionales y de cooperación, estos últimos principalmente con el gobierno y entidades austríacas.

Con colegas e investigadores como el Dr. A. Mogessie y el Dr. Theo Ntaflos, este último profesor de la Universidad de Viena, con quienes trabaja desde hace ya 28 años y con los que, más allá de la existencia de algún convenio o proyecto formal, ha establecido un vínculo de amistad y ha logrado que todas las investigaciones que se llevaran a cabo permitieran incrementar el conocimiento de la geología, y en particular de las rocas máficas-ultramáficas y las mineralizaciones asociadas a las mismas, de distintas regiones de la República Argentina, tales como la Cordillera Frontal de Mendoza, las Sierras Pampeanas de San Luis y San Juan y los xenolitos del manto litosférico y los basaltos alcalinos de la Patagonia.

Podría seguir contando un sinfín de cosas y anécdotas vividas, solamente en el período de su vida que compartimos, pero el relato se haría demasiado largo. Sin embargo, terminaré esta síntesis contándoles que si bien este año Ernesto se jubiló de la Universidad Nacional del Sur y del CONICET, según su promesa ahora empezará a dedicarse a lo que le gusta y de la forma que más le gusta: la investigación a sus tiempos. Estoy en cierta forma tranquila porque sé que lo tendremos de ahora en más aprovechando al máximo su conocimiento y su experiencia, que son ambos tan amplios e increíbles. Además, su promesa incluye que cebará los mates, aunque con la pandemia también zafó... por el momento.